

— EL —

HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE"

Director: GUILLERMO ANDREVE



— 30 de Marzo de 1905

Propietarios: CHEVALIER, ANDREVE & Cía.

EL GRAN ESPECIFICO



Para aumentar y embellecer el Cabello

La siete hermanas
SUTHERLAND

Una familia entera con una preciosa

Cabellera

debido á este REMEDIO

DE VENTA EN LA Farmacia Central

AMERICAN TRADE DEVELOPING COMPANY

Comerciantes, Comisionistas, Importadores y Exportadores

Banqueros de AMERICAN EXPRESS COMPANY, PITT & SCOTT EXPRESS COMPANY

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters, Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance Company, Curtis's & Hervey Limited Gunpowder; Westfälicher Lloyds, The Bradstreet Company, Deutscher Lloyds, Berlin; Compañías de Seguros Marítimos *El Día*, Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschiffahrts Gesellschaft *Kosmos*



Vendemos á los precios más reducidos de la plaza

Kerosene, Jabón, Velas, Manteca, Azúcar, Alambre de Púas, Provisiones, Leche Condensada, La afamada CHAMPAGNE de Charles Heidsieck, y Cognac Bisquit Dubouché.

Cual es
la hora
fija?



Para obtenerla usen ustedes un
reloj de precisión como de - - -

Omega,

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y Waltham Watch Co.

Unico Agente:

José Misteli.

El almacén más surtido en joyería y artículos de fantasía.

TODO GARANTIZADO

Emanuel Lyons

IMPORTADOR, EXPORTADOR Y COMISIONISTA

... Carrera de Bolívar ...

Artículos enlozados, blancos y decorados.

Artículos electro plateados de las mejores marcas.

Cuchillería superior, Lamparas de colgar y de pie,
Útiles para el servicio de la casa, Molduras y vidrios para Cuadros

El surtido mas completo de FERRETERIA

Cimento, Hierro acanalado, Pinturas, Material de construcción.--Las mejoras HERRAMIENTAS para ARTESANOS.

¡¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!!

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser Dire.”

POSTALES

Para Elida Pérez

Como en aurora coruscante y magna
Baña su faz la claridad febea,
Y la pureza de sus líneas canta
En las salobres ondas Cíterea.

Brilla cual flor de nieve inmaculada
Que perfuman los lirios en el valle;
Y á su mirada hasta la envidia pálida
Hace que oculta entre las sombras calle.

Cual néctar pasional sus labios grana
Brotan su voz en ondas de ambrosía,
Y en lo que canta y vuela y se dilata
Recuerda su ternura y lozanía.

En roja escarapela el pecho ansiara
Llevar de su belleza el signo regio;
O de pie verla cual deidad soñada
En el dulce frescor de un florilegio.

¡Ah, de sus ojos la negrura santa!
¡Ah, de su paso rumoroso y breve!
Cual rosa de pasión es siempre flama
En los rayos del sol ó entre la nieve.

PARIS.

Virgen: al verte, fascinado pienso,
Bajo el imperio real de tus bellezas,
Que anidas en tu sér estas grandezas:
“Angel, diosa y mujer á un mismo tiempo.”

Panamá: 1905.

JULIO ARJONA Q.

Como á veces en la calma
deja ver su arena el mar,
se trasluce en tu mirar
la belleza de tu alma.

RICARDO MIRO.

Espléndidos paisajes pusiera ante tus ojos;
entre tus negras crenchas una gardenia hermosa,
y en tus labios temblantes, vírginales y rojos,
la miel de una caricia furtiva y misteriosa.

AURELIO MAXIMO.



La Gioconda

(ACTO 3.º ESCENA 2.ª FRAGMENTO.)



EN el taller del escultor *Lucio Settala*, ausente, *Silvia*, su esposa, está de pie, con el rostro vuelto hacia la puerta. En el profundo silencio se escucha, distinto, el rechinar de una llave que abre. La que espera conserva la misma actitud. Una mano levanta el cortinaje. *Gioconda* entra; cierra tras ella la puerta. Al principio no advierte á su rival, pues viene de la claridad á la sombra y un velo espeso le cubre la faz. En el momento que la ve, se detiene, con un grito ahogado. Durante algunos segundos permanecen frente á frente, mudas.

Silvia.—(con voz firme y clara, pero sin resentimiento ni amenaza).—Soy Silvia Settala (su rival, calla, siempre velada. Pausa) ¿Y vos?

Gioconda.—(en voz baja) ¿Lo ignorais, señora?

Silvia, (que se contiene aún)—Sé tan sólo que habeis entrado aquí como en un lugar que os perteneciera. Y me encontráis, tan segura de lo que hago como si estuviera en mi casa. Por consiguiente, una de nosotras usurpa el derecho de la otra; una de nosotras es la intrusa. ¿Cuál?... (Pausa)... ¿Yo, quizás?

Gioconda (siempre envuelta en el velo y á media voz, como para atenuar su audacia).—Quizás.

Silvia (palidece más aún y vacila, cual si recibiera un golpe interior. Luego se yergue, vibrante de indignación).—Y bien! existe una mujer que con las peores seducciones ha atraído á un hombre á sus redes; le ha arrancado á la paz del hogar, á la nobleza del arte, á la generosidad de un sueño alimentado desde hace tiempo con la flor de su fuerza; que le ha lanzado en un delirio violento, donde perdió la noción de la bondad y la justicia; que le infligió las más atroces torturas; que le agotó y extenuó, infiltrándole sin cesar en las venas una fiebre perversa.... Existe una mujer que hizo eso, que ha dicho:—Una vida noble y poderosa florecía libremente en el mundo; y yo la agarré, la plegué, la abaté, desgarrándola de un golpe. Creí que la había destruido para siempre, y he ahí que reverdece, se levanta, puede florecer!.... Me resignaré á semejante afrenta?... No, comenzaré de nuevo; ensayaré por segunda vez; iré hasta el fin de todas las resistencias, seré implacable!—Existe una mujer que se prometió á sí misma todo esto; que ha tomado su voluntad en la mano como una hacha, pronta á herir de nuevo, sonriendo. ¿La conoceis? Ha entrado aquí con el rostro cubierto; ha hablado con voz sorda, pronunciando hace poco una palabra fría, contando siempre con su audacia y la debilidad de otro. ¿La conoceis?

Gioconda (sin cambiar de actitud).—La que conozco es diferente. No habla en voz baja, sino porque está triste en vuestra presencia. Respeto el grande y doloroso amor que os hace vivir. Admira la virtud que os engrandece. Mientras hablabais, comprendía que, si vuestras palabras evocaban una imagen tan distinta de la persona verdadera, era sólo porque teníais que consolar una inexpresable desesperanza; pero ella misma obedece á una potencia que podría ser implacable.....

Me acusais de haberle infringido un suplicio bárbaro, de haber sido su verdugo. Ah! eran vuestras manos solas, vuestras manos de bondad y de perdón las que le preparaban cada noche un lecho de espinas, donde, al fin, rehusó acostarse. En cambio, cuando entraba aquí, donde yo le esperaba, como se espera al dios

creador, había en él una transfiguración. Ante su obra encontraba otra vez la fuerza, la alegría, la fé. Sí, fiebre continua le quemaba la sangre; fiebre cuyo ardor yo alimentaba—y es esto todo mi orgullo—; pero al fuego de esa fiebre modeló una obra maestra. (Con el gesto indica su estatua, oculta detrás de la cortina.)

Silvia.—no es la primera; no será la última.

Gioconda.—No, ciertamente, no será la última, pues otra está pronta á surgir de su envoltura de arcilla; otra ha palpitado ya bajo la mano animadora; otra está allí, viviente á medias, y aguarda el milagro de arte que la haga surgir, entera, á la luz.... Ah! no podeis comprender esa impaciencia de la materia, á la cual le fué prometido el don de la vida perfecta!

(*Silvia* se vuelve hacia la cortina; da algunos pasos, lentamente, cual un acto involuntario, y obediendo como á una atracción misteriosa.)

Gioconda.—Está allí. Ese primer soplo que el artista le infundió, lo he conservado día por día, como se riega el surco donde reposa la semilla profunda. Le he impedido perecer. El esbozo está allí, intacto. El último toque de su mano febril, está allí, visible, enérgico y fresco, como de ayer; tan potente que, en el frenesí del dolor, mi esperanza se ha ligado á él como á un signo de su vida, y de él ha extraído fuerza.

(Como la primera vez, *Silvia* se detiene delante de la cortina, y permanece inmóvil, muda.)

Gioconda.—Sí, es verdad, entre tanto vos estabais á la cabecera del moribundo, empeñada en una lucha sin tregua, para arrancarle á la muerte, y por esto fuisteis envidiada, y loada seais. Vuestra parte era de lucha, de agitación, de esfuerzo; cumplíais una tarea que os parecía sobrehumana y que os embriagaba. Yo, herida por una prohibición, en el alejamiento y la soledad, tan sólo podía recoger y encerrar—con toda la voluntad comprimida—un dolor en un voto. Mi fe era igual á la vuestra, ó, por lo menos, se aliaba á la vuestra, contra la muerte. La última chispa creadora que partió de su genio, de ese fuego divino que vive en él, no la he dejado extinguirse. Ah! ¿quién podría decir hasta qué punto fué eficaz la fuerza preservatriz de tal voto?

(*Silvia* hace un movimiento para volverse con violencia, como si fuera á responder; pero se contiene.)

El Camello Nubio

A GUILLERMO VALENCIA

Y habló la vieja Esfinge con sus labios de piedra:—Jiboso, que al desierto caminas fatigado, Cuyas pupilas glaucas retratan el espacio Con sus doradas tintas de naranja y topacio, ¿Por qué tus pasos guías con insegura planta? ¿Por qué se inclina al suelo tu preciosa garganta? En tus ojos revelas nostalgias de lo ignoto. ¿Acaso abandonaste la virgen deseada, Hembra que te lamiera de angustia desolada En la víspera triste de tu viaje al desierto....? Y díjole el camello con su voz apagada:—¡Esfinge! ¡vieja Esfinge, que miras nuestros pasos Cuando á Kermán partimos de voluntad escasos! Esa virgen de que hablas, que formó mis delicias En la noche callada con sus tiernas caricias Allí, en el fresco oasis, al llegar la mañana, Mientras las ricas tiendas dobló la caravana; Esa virgen hermosa que tanto codiciara, Es la amante del viejo camello de Kernara.

ISRAEL VASQUEZ Y REPEZ.

Gioconda.—Lo sé, lo sé: es simple y fácil lo que he hecho. Lo sé; no es un esfuerzo heroico; es la humilde tarea de un operario. Pero lo que importa no es el acto, sino el espíritu conque se cumplió el acto; lo que únicamente importa es el fervor. No hay nada más sagrado que la obra en su comienzo de vida. Si el sentimiento con el cual me constituí en guardiana de ella, puede revelarse á vuestra alma, id y ved! Para que la obra continúe viviendo, mi presencia visible es necesaria. Al reconocer esta necesidad comprendereis cómo, cuando respondí "quizás" á vuestra pregunta, quise respetar una duda en vos, pero que no existía, que no existe en mí. Es imposible que aquí os sintais segura de vuestro hecho, como en vuestra casa. Esta no es una casa. Las afecciones de familia no tienen aquí su morada; las virtudes domésticas no tienen aquí su santuario. Este sitio está fuera de las leyes y los derechos comunes. Aquí es donde un escultor hace sus estatuas. Habita aquí solo, con los instrumentos de su arte. Pues yo no soy otra cosa que un instrumento de su arte. La naturaleza me ha enviado á él para traerle un mensaje y para servirle. Obedezco, y le espero para servirle aún. Si llegara ahora podría reemprender la obra interrumpida, que comenzó á vivir bajo sus dedos. Id y ved!

(*Silvia* permanece frente á la cortina, sin avanzar. Un temblor, cada vez más fuerte, la sacude, indicio de su grande agitación interna, mientras que las palabras de su rival, mas y más rápidas y apremiosas, terminan por ser claras y hostiles. De pronto, *Silvia* se vuelve, jadeante, impetuosa, resuelta á la supremas defensas.)

Silvia.—Es Inútil. Demasia-lo diestras vuestras palabras. Sois experta en todos los lenguajes. Transfigurais en acto de fe y de amor lo que no es sino un cálculo y una valla. La obra que fué interrumpida estaba condenada á perecer. Con la misma mano que imprimió en la arcilla la marca de la vida, cogió el arma y la volvió contra su corazón. No vaciló en interponer, entre su obra y él, el más obscuro de los abismos. La muerte pasó por allí y cortó todos los lazos. Lo que fué interrumpido debe perecer. Ahora ha nacido á una vida nueva; aspira á otras conquistas. Una nueva luz se ha hecho en sus ojos: su fuerza está impaciente por crear otras formas. Todo lo que le queda atrás, todo lo que permanece más allá de la sombra, no tiene ya poder alguno, ningún valor. ¿Qué le importa que esa vieja arcilla se convierta en palos? La ha olvidado, y encontrará otra más fresca para infiltrarle el soplo de su renacimiento, para modelarla á la imagen de la idea que hoy le inflama. Y creéis que sois necesaria á su arte! Para el hombre que crea no hay nada necesario. Ese hombre es el centro á donde todo converge. ¿Decís que la naturaleza os envió á él para traerle un mensaje? Y bien! lo escuchó, lo comprendió, respondiendo con una obra sublime. ¿Qué podría ya extraer de vos? No es permitido alcanzar dos veces la misma cima, operar dos veces el mismo prodigio. Quedais detrás, perdida en la sombra, lejana, sola, sobre la tierra ennegrecida; y él anda al presente hacia tierras nuevas, donde recibirá otro mensajero. Su fuerza es virgen y la belleza del mundo infinita.....

GABRIEL D'ANNUNZIO.



Poetas hispano-americanos

SALVADOR DIAZ MIRON



ALLA por los comienzos de la última década del pasado siglo, dieron un día mis ojos por la primera vez con el nombre de Díaz Mirón. Estaba puesto al pie de unas cuantas estrofas de sonoros endecasílabos, llenos de arrevidas figuras y de espontáneos arranques, tituladas: "Deseos." Aquella poesía pegaba al oído; era fácil, vibrante, nueva. Estábamos á la sazón en España iniciando nuestra campaña de ibero-americanización: de la literatura hispano americana nos íbamos enterando apenas por las "Cartas Americanas" de Valera y por la "Antología de poetas hispano americanos" del insigne Menéndez y Pelayo. Pero nuestro saber se reducía á conocer *de oídas* á Olegario Andrade, á Calixto Ojuela, á Julio Arboleda, á Mármol, á Bello, á Pérez Bonalde y demás *clásicos*. De la gente nueva, de Mirón, de Nerro, de Chocano, de Gutiérrez Najera, de Rubén Darío, de Vargas Vila, de Rocamonde, de Julián del Casal, de Lugones y de tantos otros, no teníamos la menor sospecha de que estuvieran en el mundo.

No es extraño que esto ocurriera: el proteccionismo literario es mil veces más exclusiva y exagerado que el proteccionismo económico, y cada país que cuenta una mediana literatura nacional, se apresura á levantar en torno de ella murallas más altas y espesas que las de la China.

Por eso, hallándonos nosotros en plena renovación literaria, y en todo su apogeo nuestras luminarias poéticas: Campoamor y Núñez de Arce, no sentíamos el menor interés por la poesía de los pueblos de nuestra raza, y nos imitábamos á dar como pasados á la historia los nombres de los *clásicos* que Menéndez y Pelayo descubrió bajo su responsabilidad en estos países, sin preocuparnos lo más mínimo de si dejaban ó no sucesores dignos de ellos.

Pero conviene aquí exponer una relativa disculpa de esta manera de pensar. Tanto se les ha achacado de indiferentes y desdénosos á los poetas y escritores españoles respecto á sus compañeros de la América latina, que no parece sino que éstos se pasan la vida soñando con lo que en España piensan de ellos, y que los literatos hispano-americanos no pagan en la misma moneda aquellos supuestos desdenes ó indiferencias. Más aun: tales indiferencias y desdenes son mayores y más acerbos entre literatos hispano-americanos de diferentes países, y en tal sentido puede asegurarse que es muchísimo mayor la distancia que hay entre Venezuela y Colombia literarias, que entre cualquiera de estos países y España. Bien ó mal, poco ó mucho, en España se van abriendo camino y hasta haciéndose populares muchos poetas hispano-americanos, los mismos que en en otras Repúblicas de Hispano América son totalmente desconocidos. Y al mismo tiempo bueno es notar que, por mucho que se apure la cuenta, el saldo nos es enteramente favorable, puesto que por cada diez libros de poetas hispano-americanos leídos en España, apenas si se lee uno de poeta español en toda la América Latina, donde si la forma es todavía castellana... hasta cierto punto, la médula de la poesía es puramente francesa y tan *made in Paris* como los perifollos con que se engalanan las encantadoras criollas de la América Latina entera.

Uno de los poetas que sin duda alguna ha conseguido una gran celebridad en España es Salvador Díaz Mirón, uno de los *indiscutibles* actualmente, no obstante su lamentable resellamiento, exteriorizado con la publicación de su libro "Lascas."

"Alto, excesivamente delgado; con un brazo enfermo retorcido perpetuamente hacia atrás; el rostro escuálido y con esa palidez mate, propia de los climas cálidos; el ojo negro y profundo; la mirada inquieta y como bañada siempre en una penumbra de muy honda tristeza; la pupila revelando toda la pureza de aquel potentísimo cerebro; densa, oscura, y echada para atrás la alborotada melena; y como irradiando luz de inteligencia por todos los poros de la fisonomía; así es el esbozo del insigne vate veracruzano que hoy día vive en las profundidades de una lóbrega y quieta sabe si injusta prisión."

Tal era el retrato que de la persona de Díaz Mirón hacía el escritor guatemalteco, señor Spínola, en su libro "Artículos y Discursos," publicado allá por el año 1896.

Y aunque de entonces acá han pasado bastantes años para que el aspecto físico del fogoso y levantisco poeta se haya modificado en gran parte y quizá favorablemente para su persona, según colijo por el fotograbado en que

que en el Código Penal mexicano no entra el ser poeta como circunstancia atenuante de la criminalidad.

No saco estas cosas tristes y enojosas de suyo, por mero gusto, bien poco caritativo para la persona del poeta, á quien de seguro harto le pesarán en su conciencia para que venga yo con mis manos lavadas á revolvérselas, no; hágoles tan solo para desmentir á los que suponen y hasta dan por cierto que en el cambio operado en la manera de ser poética de Díaz Mirón, ha influido de todo en todo la dolorosa circunstancia de su largo cautiverio expiatorio de un acto criminal consciente. Yo no creo en esa influencia; mas, si la hubiese, no sería en el sentido que se figuran los que han criticado su libro "Lascas" con todos los prejuicios y predisposiciones favorables á la persona del poeta, tratando de justificar su desvarío como hombre arrebatado, con las glorias y merecimientos del poeta ilustre, y deduciendo por las amarguras de la prisión, los inverosímiles descoyuntamientos é inexplicables aberraciones que se notan en ciertas composiciones del volumen "Lascas."

Poco tiempo después de haber leído yo la poesía "Deseos," publicó "El Imparcial" de Madrid un extenso y luminoso artículo acerca de Díaz Mirón, en el que se copiaban fragmentos de la oda "Gloria," base de su popularidad en España.

Aquellas estrofas, cuales

Fiado en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señala:
¡el ave canta aunque la rama cruja!
¡como que sabe lo que son sus alas!

Depón el cetro y que tu voz me arrulle:
consulta el corazón del que te ama.
Dios d'jó al agua del torrente:—¡balle!
y al lirio de la márgen:—¡embalsama!

Los claros timbres de que estoy ufano,
han de salir de la calumnia lioso:
hay plumas que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esoa!

son tan conocidas y populares como las mejores de Espronceda y de Bécquer.

Más tarde, en Nueva York llegó á mis manos un tomito, perteneciente á la edición contra la cual dispara Díaz Mirón todos los artemas contenidos en las "Dos Palabras" que van, á guisa de prólogo, al frente de "Lascas." El tomo era muy pequeño... y muy barato; se vendía á 25 centavos. Yo lo tasé en bastante más. Confieso que pocas muy pocas poesías, en conjunto, me causaron tan profunda y duradera impresión. Hubo sobre todo una que yo disputé, por mi cuenta y riesgo, absolutamente *empurrada*, una verdadera *dolora*, digna de

figurar al lado de las mejores del insigne vate asturiano. No diré que "no resisto al placer de copiarla," porque ni por pienso hay semejante resistencia, y de intento pensaba y voy á hacerlo. Se titula "El Deserto."

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo, alegre y florido!
¡Y el cielo, impasible y puro!

* *

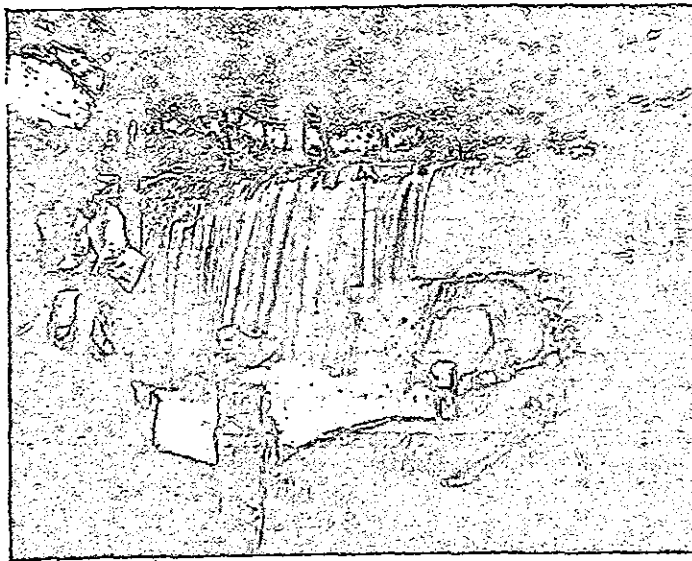
¡Cuadro que tuve delante
y que hoy como entonces veo!
Ante un pelotón, el reo:
en un flanco, el comandante.

* *

—¡Cesen tus ruecos prolijos!
¿Por qué huiste á la montaña?
—¡Señor, porque en mi cabaña
estaban sin pan mis hijos.

* *

Paisajes del Istmo. -- DAVID.



Cascada en LAS LAJAS, á una legua de la población.

aparece el autor retratado al frente de la edición de "Lascas" que tengo á la vista, es lo cierto que así debía ser, si el refrán de que "la cara es el espejo del alma," no es un solemne embuste.

Que fué hombre de armas tomar lo prueba su larga permanencia en la prisión de Veracruz, y no seguramente por poeta como aseguraba de sí mismo Ginés de Pasamonte cuando lo llevaban á galeras, sino por un vulgar homicidio que no le acreditó de otra cosa que de ser sobrado iracundo y puntilloso. No le libraron de la pena su propia notoriedad ni sus grandes é influyentes amistades, ni mucho menos las teorías lombrosianas de que el señor Spínola echaba mano para atenuar el grave delito de Díaz Mirón, lo que prueba en buena hora que en México se hila muy delgado en estas cosas y

—¿Por qué trocaste el arado
por el fusil? ¡Qué imprudencia!
—Señor, ha sido violencia:
la *lera* me hizo soldado.

* *

¡Basta! ¡Arrodillate luego!
La disciplina es un yugo.....
Yo no soy más que el verdugo....
¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido:
Y el campo, alegre y florido:
Y el cielo, impasible y puro!

Puesto á escoger, para copiar algunas de las de aquel libro,.... las escogería todas, dicho sea con perdón de la despectiva y airada opinión de su propio padre, que—caso único de paternal repudio literario!—en el citado prólogo de "Lascas" las califica de "fruto de mi adolescencia fogosa é inexperta, que, siempre tratándome de modelar deidades, confeccionó frecuentemente..... *bautas*;" añadiendo que "carecen de mérito," y que son "esencialmente incompatibles con mi actual criterio artístico."

Cual sea ese criterio artístico, el autor no lo dice explícitamente, por más que afirme que domina en sus obras desde el año de 1892. Tampoco sé si algunas de las poesías que figuraban en aquel "libro espúreo" fueron escritas después del citado año de 1892; pero en cambio, creyendo como yo creo que en materia de criterios artísticos suele amenudo engañarse el autor respecto del suyo propio, bien podrá ser que Díaz Mirón haya errado la puntería por esta vez, y las que él cree águilas cazadas al vuelo por su *nuevo procedimiento artístico*, resulten feísimos *zopilotes*, ahitos de la basura de la playa. O muy poco se me alauza en materia de arte. ó esta décima es artísticamente soberbia:

GENIOS

S'eres faros que al lucir
tenéis por fuerza que arder,
cumplid con vuestro deber,
atended hasta morir:
luchad por el porvenir:
alzad sobre la *casida*,
que no triunfa qui en no lidia.
ni es grande el que se levanta
sin sentir oja la *plana*
el pedestal de la *cavida*.

¡Cuánto del inmortal espíritu de Larra adivino en estos versos!

En su prosa ática, en la que vibra apenas el viento sutil de la más mortífera ironía, he hallado conceptos iguales á los que Díaz Mirón

expresa en esta y otras composiciones, tales como la que titula "A M...."

¡Detenerme? ¡Cesar? ¡Vana congoja!
La cabeza no manda al corazón.
Prohíbe al aquilón que alce la hoja,
no á la hoja que ceda al aquilón!

Quando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: ¡atrás!
podrá saltar ó desquiciarse la valla,
pero pararse ó desandar.... ¡jamás!

Hay otras que recuerdan á Víctor Hugo, pero, en honor del poeta mejicano ha de decirse, que es solo en sus aciertos, no en sus desvarios: esto es, al Hugo de los "Cantos del Crepúsculo," mas no al de la "Leyenda de los siglos." En las "*Canciones de las calles y los bosques*" del Prometeo de Guernesey, hay estrofas parecidas á estas:

Cosas sin alma, que os mostráis á ella
y la servís en muchedumbre tanta,
¡temblad! La móvil hora no adelanta
sin imprimiros destructora huella.

De la materia resistente y bella
tomad lo que más dura y más encanta:
si sois piedra, sed mármol: si sois planta,
sed laurel: si sois llama, sed estrella.

Mas no esperéis la eternidad. El lodo
se disuelve en la onda que lo crea:
¡Dios y la Idea, por diverso modo.
Pueden solo flotar en la marea
del objeto y del sér: Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás la Idea!

La composición "Ojos verdes" es un verdadero madrigal... sin endecasílabos. Quién no recuerda el de Gutierre de Cetina:

Ojos claros, serenos,
que de dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráisme airados?

Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos:

y no le halla inmedato parentesco con los versos de Díaz Mirón, en que canta la fuerza de atracción y el singular influjo de unos "ojos verdes" sobre el ánimo de todo aquel que se atreva á contemplarlos con fijeza? Hay pasividad, percepción exacta de la sensación artística y precisa asociación de ideas en estos versos:

Cese ya vuestro desvío,
ojos que me dáis congojas,
ojos con aspecto de hojas,
empapadas de rocío.
Hambudo esplendor del río,
que por esquivo me enojas,
luz que la del sol sonrojás,
y cuyos toques son besos,
derrámate en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

Para terminar. Yo tendría una grandísima curiosidad por saber, si entra ó no en el actual criterio artístico de Díaz Mirón la maravillosa definición de la poesía, contenida en estos versos que no he visto unidos á ninguna colección, ni en la "espúrea" ni en "Lascas," y que son sencillamente *byronianos*. Dicen así:

¿QUE ES POESIA?

¡La poesía—pugna sagrada:
radioso arcángel de ardiente espada,
tres heroísmos en conjunción:
el heroísmo del pensamiento,
el heroísmo del sentimiento
y el heroísmo de la expansión!
¡Flor que en la cumbre brilla y perfuma,
copo de nieve, masa de espuma:
zarza encendida do el cielo está:
nube de oro, vistosa rauda:
fugaz cometa de inmensa cauda:
onda de gloria que viene y va:
¡Nébulas vagan de que gotea,
como una perla de luz, la idea:
espiga herida por la segur:
brasa de incienso, vapor de plata:
fulgor de aurora que se dilata
de Oriente á Ocaso, de Norte á Sur:
¡Verdad, ternura, virtud, belleza,
sueño, entusiasmo, placer, tristeza:
lengua de fuego, vivaz crisol:
abismo de éter que el genio salva:
alondra humilde que canta al alba:
¡guirnalda que vuela al Sol!
¡Humo que brota de la montaña:
nostalgia obscura, pasión extraluz:
sed insaciable, tedo inmortal:
anhelo eterno é ándem: bie:
ansia inmita de lo impo: ble:
amor sublime de lo ideal!

¿Será posible cantar mejor la esencia de la divina poesía, darnos á beber más clara linfa de la fuente de la inspiración poética, mostrar nos el puro ideal del arte con más acierto que en los copiados versos de Mirón, en los que resuelve bellísimamente la amarga duda de Leopardi:

O caro immaginar, da te s'apparta
Nostra mente in eterno?

No, no es posible. A menos que Díaz Mirón, en su nueva *poesía*, decididamente artificiosa y nada espontánea, prefiera aparecer como uno de aquellos insensatos de quienes dice Despreaux:

Qui croit vivre s'abuse de ses sens, de ses monstres
S'abuse de ce qu'il se dit, de ce qu'il se sent comme eux

Teniendo en cuenta ¡oh colmo de la locura! que ese otro es el mismo Díaz Mirón, padre de hijos "espúreos" tan hermosos, que para sí quisieran muchos honrados padres de familia... en sus tratos con las musas!

JOSÉ G. ACUÑA.

Panamá, Febrero de 1905.

Sor Filomela



Y A está hecho, por todos los diablos! rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajeno.

El empresario—ese famoso Krau, —no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral ornado de rubíes alcohólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego, secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.

—¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia: lo he presenciado

to lo. Si te he de decir la ver la, fue una cosa conmovedora. No somos hechos de hierro... Contóte lo que había visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar el velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con su vestido oscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca. Después, los comentarios de la gente:—¿Una cónica monja...! A otro perro con ese hueso... Barlet, el enamorado romántico, veía á lo alto y bebía á pequeños sorbos.

* *

Eglantina Charvat, mimada del público

parisiense, había sido contratada para una *tournee* por los países de América. Bella, suavemente bella, tenía una dulce voz de ruiseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenía los cabellos un tanto oscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacía con gracia propia, para recogerlos, el mismo encantador movimiento de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante bordelés que la adoraba y la mimaba, un buen día, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Tímida y adorable, obtuvo una victoria espléndida. ¿Quién no recuerda la locura que despertó en todos, cuando la oímos arrullar, incomparable Mignon:

Connais-tu le pays où fleurit l'oranger....?

Festejada por nababs y *rustas*, pudo, raro temperamento, extraña alma, conservarse virtuosa, en medio de las ondas de escándalo y lujuria que á continuo pasan sobre eso que lleva la gráfica designación de *carne de tablas*. Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba su madre para conducirla á casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupó de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado: nadie sabía que la aplaudida Eglantina favoreciese á

ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza.

Almita angelical encerrada en la más tentadora estatua de rosado mármol!

* *

Era ella una soñadora del divino país de la armonía. ¿Amor? Sí, sentía el impulso de un amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el Príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdénaba con impasibilidad las galanterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los Cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible una canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba, ponía en su voz el trino del ave de su alma: y así, era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y en trevido, y de sus labios, diminutos y rojos, caían, á gotas armónicas, trémolos cristalinos, arpegios floridos de melodía, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su íntimo tesoro. Junta-ba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos. Era devota....

—¿Pero no estáis escribiendo eso de una cónica?

....Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgen-cita de la cabecera de su

cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovía á los públicos y ponía el estremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas interpretando la variada sinfonía de los amores profanos, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando también los deliquios del infinito amor divino; y así su espíritu, que vagaba entre las rosas terrenales como una rosa de virtud, iba á cortar, con las vírgenes del Paraíso, las margaritas celestes que perfuman los senderos de luz por donde yerran, poseídas de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruiseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con alabanzas á la Reina María Santísima y al dulce Príncipe Jesús.

Un día, empero, llegó el amado de su sueño, el cual era su primo y se llamada el Capitán Pablo. Entonces comenzó el idilio. El viejo bordelés lo aprobaba todo, y el señor capitán pudo vanagloriarse de haber desflorado con un beso triunfante la casta frente de las de la primavera Eglantina. Ella fabricó inmediatamente dos castillos en el aire, con el poder de su gentil cabellito: 1º, aceptaría la contrata que desde hacía tiempo le proponía el obeso y conocido Krau, para una *tournee* en América; y 2º, á su vuelta, ya rica, se casaría.

Concertada la boda, Eglantina firmó la célebre contrata, con gran contentamiento de Krau, que en el día del arreglo presentó más opulenta y encañada la su formidable nariz... ¡qué negocio! ¡qué viaje triunfal! Y en su imaginación veía caer el diluvio de oro de Río Janeiro, de Buenos Aires, de Santiago, de México, de Nueva York, de la Habana.

**

También firmó contrata Barlet, es decir, tenorito que á pesar de su buena voz, tiene la desgracia de ser muy antipático, por gastar en su persona demasiados cosméticos y brillantinas.

Y Barlet "por todos los diablos" se enamoró de la diva. Ella, á pesar de las insinuaciones de Krau en favor del tenor, pagaba su pasión con las más crueles burlas. ¿Burlas en el amor? Mal hecho. En los buenos días de la Provenza del siglo VIII habría merecido versos severos del poeta lírico Fabre d'Uzes, y la Marquesa de Mallespine la habría condenado, por su crueldad, á dar, por lo menos, un beso en público, al desventurado y malferido aforador. Eglantina llevaba en su corazón la imagen del Capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y le enviaba su amor con el pensamiento.

El primer castillo aéreo comenzaba á solidificarse. En Río Janeiro ganó la diva crecidas sumas. El día de su beneficio recogió una

Paisajes del Istmo. - DAVID



Una vista de la Plaza de Bolívar

cestilla de diamantes. El Emperador don Pedro, q. d. D. g., le envió un imperial solitario. En Montevideo, en Buenos Aires, en Lima, fué para la deliciosa Mignon la inacabable fiesta de las flores y del oro. Entre tanto, Barlet desahinaba de amor; y más de una vez se inició en su contra la más estupenda silba. Pasaron meses. En vísperas de regresar, Krau recibió propuestas excelentes de Santiago de Chile, y se encaminó para allá con su compañía. Eglantina estaba radiante de gozo. Pronto volvería á Francia, y entonces.....

Mas, un día, después de leer una carta de París, al concluir la temporada del Municipal, la diva se quedó pálida.... Allá, en la tierra de la porcelana y del opio, en la horrible Tonkin, había muerto el Capitán. El segundo castillo aéreo se había venido al suelo, rompiendo en su fracaso la ilusión más amada de la triste alma angelical. Esa noche había que hacer "Mignon", la querida obra favorita; tenía que cantar Eglantina con su áurea voz arrebatadora:

"Connais-tu le pays où fleurit l'orange?..."

Y cantó, nunca ¡ay! con mayor encanto y ternura! En sus labios temblaba la balada lánguida de la despedida, el gemido de todas las tristezas, la cántica doliente de todas las desesperanzas... Y en el fondo de su ser, ella, la rosa de París, sabía que no tenía ya amores é ilusiones en la tierra y que solamente hallaría consuelo en la Reina María Santa y en el dulce Príncipe Jesús.

**

Santiago estaba asombrado. La prensa hacía comentarios. El viejo bordelés, que había acompañado á su hija, lloraba preparando sus baúles.... ¡Adiós, mi querida Eglantina!

Y en el coro del monasterio estaba de fiesta el órgano; porque sus notas iban á acompañar la música argentina de la garganta de la monja.... Un ruiseñor en el convento; una verdadera Sor Filomela!

Y ahora, caballeros, os pido que no sonriáis delante de la verdad.

RUBÉN DARÍO.

LA VIUDA-NOVIA

Del libro *Brocha gorda*.

(Para EL HERALDO DEL ISTMO.)



con el fin de hacerme aparecer otro del que en realidad soy.

NACI (esto naturalmente nadie puede saberlo mejor que yo) con cierta inclinación irresistible á contraer, tan pronto como llegase á la edad de razón, el vínculo de que habla el séptimo sacramento de la Iglesia. Y la causa de haber venido al mundo dotado de un temperamento muy otro al del misógamo tiene su explicación bastante satisfactoria. Apenas comencé á abrir los ojos á la vida, la desgracia, como ave de rapiña que acosa y mata á los seres débiles que se le ponen en su camino, se compenetró en torturarme con crueldad acerbísima: la orfandad fué mi único patrio y las lágrimas la compañera que recogí en abundancia para disfrutar de ellas hasta el fin de mis días. Quiero de ir que tal circunstancia contribuyó á darle á mi carácter cierto aire trístico y melancólico que muy pocos conocen, y que, al contrario, muchos atribuyen á esquizofrenia, quizás

Amigo de las fruiciones del hogar, mi instinto de una felicidad ignorada me hizo sentir desde la adolescencia inclinación á formar un centro donde cultivar los afectos que el infortunio me arrebató desde temprano: de ahí mi tendencia al matrimonio, á la unión perfecta que el amor inicia y que Dios aprueba luego con bendiciones y promesas semejantes á las de que se hizo acreedor Abraham y su descendencia infinita allá en el comenzar de los tiempos.

Quando este algo que llevo dentro de mí y que al fin todavía no conozco suficientemente, el espíritu, comenzó á hablarme en secreto de cosas que ignoraba por completo, mi vida tuvo agitaciones desconocidas, y una idea borrosa, muy débil, pero con persistencia de enigma, principió á quitarme la paz de la niñez candorosa que, como sombra en las estepas heladas, se iba alejando poco á poco á regiones distantes que ni el ojo vislumbra ni la inteligencia señala con toda su clarividencia ilimitada.

Víname á hacer estudios, como dice la buena gente de mi tierra, y entonces sí fué cierto lo de mis anhelos de muchacho enfermizo y un tanto romántico. Abría el Código para aprender la lección, de memoria, como lo exigía el catedrático, y el libraco aquel, pesado y fastidioso como ningún otro, se me caía de las manos, y el ensueño, entre nubes de ópalos y de oro, comenzaba á desarrollarse con la esplendidez de una visión agradable, extraterrestre, cuasi divina. Las formas se acentuaban con precisión de líneas y de color, y la imagen de una mujer surgía—como el marco que forman

las nubes para encuadrar un rayo de sol—toda admirable en el fondo de los pensamientos desvanecidos y vaporosos. La visión se reproducía con frecuencia, y llegué á estar enamorado de ella como poeta meloso, y me pareció oír en mi corazón una voz que me dijo, con un acento muy suave y delicado:

—Oye, Julián; tú tienes derecho á ser feliz, porque hartos has sufrido en esta vida. Cuentas apenas veintidós años. Termina tu carrera con honor, que luego encontrarás lo que te hace falta, y que tus deseos adivinan: una mujer digna de tí, que te ame mucho, que sea hermosa y que restañe, en parte siquiera, la sangre de tu herida más honda: la que te abrió la orfandad despiadada y sombría...."

**

Y el pronóstico del esfinge—como dicen ahora los amigos del ajeno y del verso raro,—se fué cumpliendo como si fuera profecía á medida que avanzaba en la carrera de las leyes.

**

....Era una tarde de Diciembre. Día sin nubes, calles transitables y mucho oxígeno en los pulmones, circunstancia natural que predisponía al buen humor, haciendo olvidar hasta las penas más íntimas.

Las cinco y media. Puesta de sol con toda la opulencia de nuestra zona. Atmósfera tibia; alegría en los parques, donde las bandas tocaban la lista del programa anunciado, y víspera de domingo, que es lo mismo que decir próxima dicha para el estudiante perezoso que goza

más con una representación en el Municipal que con la más alta calificación de lecciones.

Embebida en el marco de la ventana, como pájaro que se acerca á la reja suspirando por la libertad del campo, la ví, y no quise irme ya de aquel sitio, hasta que la noche se interpuso, con notoria imprudencia, para obligarme á dejar la azera, regresar á mi casa, coger los libros y aburrirme hasta que el sueño los hiciera caer de las manos.

La primera vez que pasé cerca de ella esquivé mis miradas, como diciéndome que le era indiferente; la segunda, me miró de soslayo, y la tercera nos vimos como dos que se retan á una lucha inevitable.

Alta, de tez suave y ligeramente morena, nariz de curva delicada, ojos negros de mirada intensa y exultadora, boca digna del pincel de Acevedo, líneas irreprochables que formaban un conjunto no despreciable para nuestros estetas, la mujer aquella se me apareció como la encarnación de lo que había visto en mis sueños, y la amé desde entonces con el entusiasmo de la edad y la reflexión de todos los desheredados de la suerte.

Fuí introducido á su casa, lo cual me dió ocasión de ratificar el con cepto que ya tenía de mi felicidad futura. Engracia (hasta su nombre era digno de ella!), Engracia es lo que en el sentir vulgar de las gentes se llama un tipo de perfección moral. Hacendosa, humilde, caritativa, con buenas disposiciones para el dibujo y admirables para el piano, aunque algo morosilla en el estudio de la aritmética y de la ortografía, supo cautivarne desde que tuve la dicha de tratarla íntimamente, y no pasaron seis meses de mis visitas á su casa sin que hubiésemos ascendido á la envidiable categoría de novios, y hasta dejásemos comprender, por mútuo acuerdo, que muy pronto se verificaría nuestro enlace.

Todo marchaba bien en nuestras relaciones, hasta que llegó el diablo (no pudo ser otro) y metió la pata para arrancarme ilusiones muy caras que me cuestan, por lo menos, las hebras blancas que de vez en cuando me arranco de la cabeza con un suspiro que se pierde muy lejos.....

* *

Engracia tiene una prima muy hermosa que se llama Carlota. La conocí en casa de aquella cuando tenía apenas dos meses de vida, y, si he de decir verdad como el cura de mi parroquia, cosa no muy puesta en razón me pareció aquel semblante fresco como rosa de Alejandría, y aquel esmero y cuidado en el vestir, como si la pena que debía vivir en su ánimo por la muerte de su marido hubiera sido algo apenas como la impresión de un melodrama de ahora treinta años.

Noté que Carlota se fijaba mucho en Antonio [mi futuro cuñado, puesto que es hermano de Engracia] y aquello comenzó á causarme cierta comezoncilla por dentro que nadie sabe, porque de esa impresión he guardado hasta hoy absoluta reserva.

Un día llegó Antonio con un lindo ramito de violetas.

—¿Me acepta usted, prima, estas flores que traigo del parque?

Con muchísimo gusto—contestó la viuda. Y se las puso en el pecho, del lado izquierdo, prendidas con un alfiler de oro que llevaba cerrado la abertura de la chaqueta negra, al pie de un prendedor que contenía el retrato de un hombre al parecer bien apuesto y simpático. Era el retrato del marido difunto.

Otro día fué una rosa amarilla la que le llevó Antonio á Carlota. La misma historia de las violetas. Después fué un clavel muy hermoso de pintas rojas en fondo grisoso. Y la historia de las violetas y de la rosa se repitió otra vez, con la única diferencia de que la viuda sonrió como nunca, pareció besar la flor y darle las gracias al primo con una mirada tan significativa, que cualquier enamorado se derriente de gusto.

—Esto anda, me dije para mi capote, y salí á la calle con una idea que no era para consolar

á nadie, y menos á quien supiese lo que es la enfermedad de los celos.

* *

Diez y seis de Diciembre. Cumpleaños de Engracia, día de ayuno estudiantil para adquirir la cuelga de la novia, y manifiesta disposición de ánimo á pasar unas horas en la tertulia de estilo que tenía anunciada con más de un mes de anticipación.

Dos espejos de marco dorado sobre consolas de nogal: muchos retratos prendidos á la pared en cuadros de cartón, hechos por Engracia con un poquitín de originalidad artística; una mesa de centro con los regalos del día; una araña anticuada de vidrio con más brazos que un pulpo, donde lucían, en sus respectivas bombas, cuatro esfermas de colores; diez silletas, un canapé de regular edad, compañero de las últimas, un piano de cola y una jaula colgada del marco de la ventana de la calle, donde un canario, admirado seguramente de la charla y de las luces lanzaba de vez en cuando gorjeos que se me antojaron muy melancólicos y tristes.

Antonio y Carlota hablaban muy paso, echándose miradas que no sé qué querían de-

Leda

Que sientes frío, señora? Espera que ya viene soberbio en su cuadriga el que dará calor,
Aquel que vimos juntos en el sangriento ocaso, con manto de escarlata cual gran emperador.

Si temes del invierno los gélidos ultrajes cubra tu cuerpo blanco el suave y tibio chal,
Y si calor te falta sobre tu seno estrecha el verbo iridiscente de mi alma pasional.

Por distraer tus horas de helada y muda calma, referiré á tu oído la historia de un halcón:
Daré á la forma tersa matiz de primavera, seré en el fondo breve con algo de escultor.

Dirás que sueño al raso con imposibles aúreos, con mar, espacio y tierra que aléjanme de tí:
Me plegaré á tu empeño, pero sabrás la historia que es gran literatura que en sueños aprendí.

Sabrás lo que me agita, sabrás lo que me abruma en loca hemencia ardiente, en loco y rudo afán:
Lo que en amarte sufro, lo que en pensarte sueño, y aquello que no digo porque lo sabes ya.

Es ave del desco mi corazón doliente, que amarás si te cuento la historia de un halcón:
Porque era un ave triste, y un ave solitaria que dialogó con Helios que en fuego la exornó.

Creerás, gentil señora, lo que me dijo un día al escuchar tu nombre de gloria, amor y prez?...
Que tú eras imposible tesoro de esperanza, capricho de los hados la flor de la altivez.

Que sientes frío, señora? Espera que ya viene soberbio en su cuadriga el que dará calor,
Aquel que en los espacios alumbrará mañana tu dicha y mi desdicha, mi trova y mi pasión.

SIMÓN RIVAS.

cir, y estaban juntos, muy juntos, en un extremo del canapé, haciendo las veces de Engracia y yo, ni más ni menos.

Aquello estuvo muy lejos de saberme á miel de hojaldres, y empecé á sentir conatos de una tristeza que llegaba en aquellos momentos como una carcajada en velorio.

Después de la cena... lo de siempre: dos músicos á la puerta, haciendo reverencias, como diciendo "aquí estamos para que se diviertan." El del violín era feo, con cara de mascarón y patillas ralas, nariz muy colorada y enorme pelo ensortijado que se echaba hacia atrás con los dedos á falta de peinilla. El otro era un muchacho robusto, de buena presencia, ojos muy vivos, maneras un tanto estudiadas y que hablaba hasta por los codos. Tenía hermosa boca y tocaba bien la flauta.

—Vaya usted, Engracia.

—No, usted, Carlota.

—Mi señora Carlota, por unanimidad ha sido usted designada. Supongo que no rehusará complacernos.....

—Bueno, Julián, con mucho gusto....

La viuda me dió el brazo y la conduje, en medio de unos pocos aplausos que me hicieron recordar los exámenes de mi aldea, al piano de cola que mostraba un teclado semejante á dentadura de fumadores.

Me tocó á mí hacer la designación de la primera pieza que iba á dar comienzo á aquella especie de velada. Los valeses de *Paustr*, mis valeses favoritos—dije con un aplomo digno de quien cree mandar en su casa.

Y la música comenzó á alegrar á todos, menos á mí, que tenía un *spleen* magnífico, quiero decir, muy propio de un sajón potentado.

—¿Qué tiene usted?—Notó como que le preocupaba algo.

—Nada, Engracia; si estoy muy feliz. Pues no había de estarlo al lado de usted?.....

Y decía una mentira, porque la verdad era que una idea me andaba dando vueltas en la cabeza y el corazón comenzaba á gimotear como muchacho reprobado en los exámenes de sabatinas.

Carlota y Antonio continuaban cada vez más alegres, hablando solos y con tantas expansiones, que acabé por sentarme corrido en presencia de Engracia, sobre todo cuando me pareció leer en las miradas que nos dirigían esta frase sardónica y acre: "Tontos! ¿Por qué no hacen ustedes lo que nosotros?....."

* *

Las diez de la noche. Hora de los helados, precursores del champaña, que, dicho sea de paso, maldita la gracia que tiene para los temperamentos que se parecen al mío.

Cuando Carlota, entre endulgos de pasas, galletas de vainilla y dulces, apuró la segunda copa del ennoblecido licor, sus ojos, bellos como dos astros al través de densas nubes que amenazasen tormentas, comenzaron á tener una expresión de rara vivacidad que Antonio solamente, como si fuera un pararrayos, contenía con sus sonrisas y miradas harto llenas de deseos y de cosas que la lengua no dice.

—¿Cuántos meses de viuda tiene Carlota? le pregunté á Engracia con gravedad que no era de aquel momento.

—Ocho, me contestó, dando un chasquido con la lengua al llevarse una cucharada de helados á la boca.

—Y Antonio como que está perdiendo la chabeta, verdad?

—Sí; y en Junio próximo parece que se casan. Mamá no se opone á ello, ni yo tampoco. Carlota es joven todavía, es muy buena, y tiene una regular fortuna. ¿No es cierto que es un magnífico partido?

—Por supuesto, y me alegro de que él sea el afortunado poseedor de tanta dicha....

—El *Pasillo* de Morales, Engracia, dijo Antonio en tono de súplica sin separarse del lado de Carlota.

Y el piano, el violín y la flauta comenzaron de nuevo á dar de sí notas de una armonía delicada que para mí eran desconocidas.

Impotencia

A FRINEA.

Me subyuga tu carne tentadora,
tu brava y atrevida curvatura
y tu pupila extraña que fulgura
con el tinte rojo de una aurora.

Me seduce tu voz dulce y sonora
como el canto de una ave en noche oscura,
pero más que tu helénica hermosura
me cautiva tu espíritu, señora.

Yo quisiera de hinojos adorarte:
convertirme á tus plantas en un necio
dispuesto hasta á morir por agradarte.

Más como sé que tú no tienes precio,
ya que no puedo ni siquiera amarte
te arrojo el galardón de mi desprecio.

RICARDO MIRO

Cuento



ERAN Adela y Lucía, dos hermanos gemelas, hijas de un general que se distinguió en México, cuando la guerra contra Maximiliano; guerra en la cual ese pueblo dió un ejemplo de heroísmo al mundo entero, rechazando una vez por todas el Imperio, que Europa había, por la fuerza, impuesto á ese valeroso país, que, luego, con el drama de Querétaro, dejó extinguida para siempre la aprobiosa tiranía.

Adela y Lucía tenían á su lado á una muchacha, de su misma edad. Vivían al lado de su abuelo en una fértil montaña de la cordillera de México, en donde poseían una preciosa finca situada en un terreno cuya exhuberancia les proporcionaba diversidad de frutos, que iban á vender á un pueblo cercano, y con cu-

yo producto se procuraban la vida.

El abuelo de éstas niñas era un hombre que aunque entrado en años, pues pasaba de los sesenta, conservaba aún la facultad de la memoria, y era por añadidura muy amigo de hablar todo lo que veía y todo lo que llegaba su conocimiento.

Un día resultó que los habitantes de esa finca, á la cual las niñas habían bautizado con el nombre de "La Gracia de Dios", vieron llegar con la mayor sorpresa, jadeante, rompiendo monte, con perjuicio de las siembras, una mula cargada con gran cantidad de maletas de oro acuñado.

Las niñas y la compañera que tenían á su lado, así como los mozos de la finca, dispusieron inmediatamente esconder el tesoro y enterrar la bestia que murió poco después de su aparición.

Conociendo lo indiscreto que era el anciano y para prevenir, llegado el caso, alguna barbaridad de parte del viejo, resolvieron hacerle aparecer como demente, por que era de esperarse que de momento llegaran á la finca en solicitud de la mula y del tesoro que portaba.

En efecto dispusieron que mientras la una se ocupara de freir buñuelos, la otra se encargara de ponerle la cartilla y conducir al venerable anciano á la escuela.

Momentos después el abuelo se hallaba sentado en un banco de la terraza, acompañado por Lucía, quien estaba enseñándole la cartilla, y de pronto, por encima del techo, cayó un gran aguacero de buñuelos.

El abuelo tenía gran predilección por esta clase de dulce, y creyó firmemente que era una lluvia proveniente de las regiones etéreas.

—Lindo *Pasillo!*—exclamó una de las señoras invitadas.

—¿Por qué no dan unas vueltecitas?—dijo la madre de mi novia;—si eso provoca.....

El permiso no tuvo dilaciones. Se hizo á un lado la mesa del centro, y cuatro parejas estuvieron prontas para girar en rededor de la sala.

—¿No baila usted?—me preguntó Clotilde Rosales, una de las amigas de Engracia.

—No, señorita; es cosa que poco me gusta... mi placer es la música.....

—Qué raro! dijeron tres ó cuatro bocas á un tiempo.

Y era verdad lo que esas bocas decían. En la alcoba que se comunicaba con la sala por una puerta angosta de vidrios, bañada por la luz que la araña despedía desde su centro con alteraciones levísimas, una pareja, que parecía esquivar la mirada de las otras, danzaba suavemente, en medio de la felicidad más completa. Eran Antonio y Carlota. Los acordes de los instrumentos inundaban hasta la calle, cada vez más intensos y delicados; y mientras todos se entregaban á un placer cuya excelencia ignoro todavía, la idea, la maldita idea persistente me mordía el corazón y en su lenguaje mudo me decía estas palabras, que como áscuas de fragua lo iban consumiendo lentamente.

.... "La vida valdría muy poca cosa á no ser por los afectos que la rodean, que hacen de ella un centro de recíprocas atracciones, respecto de los seres que nos aman. ¡Y los afectos mismos tienen muy poco valor, cuando el olvido los borra prontamente como preparando el terreno en que han de germinar otros distintos. Ahí está Carlota, bailando muy contenta, entregada á una felicidad sin nombre, pensando en otro amor que no es el de Fernando, el hombre que hizo de ella un culto, que le dejó su fortuna para que otro....."

—¿Pero qué tiene usted esta noche, Julián? Noto que algo le preocupa. ¿Ha tenido alguna contrariedad? Cuénteme.....

—Nó, señora, contesté á la madre de Engracia, que era la que me sacaba de mis meditaciones con su voz cascada de flautín roto. Es que la música tiene para mí especiales encantos, y cuando es buena, como la que estamos oyendo, mi placer consiste en callar para no perder ni una nota siquiera.....

El vals *Sobre las olas*, el de las notas melancólicas como el mar en cuya grandeza se inspiraron sus autores, dos seres sensibles, comenzó su prelude de armonías exquisitas.

Y la idea continuó diciéndome:

.... "Ella es feliz ahora; sueña con una dicha mejor que la que disfrutó hasta hace ocho meses; piensa en Antonio, su novio, mientras el otro, Fernando, no ha acabado aún de pudrirse en su fosa profunda.... Eres joven; Engracia es menor que tú.... y si murieras primero que ella, cuando la edad de las ilusiones no se ha ido todavía, ¿no piensas que puede pasarte lo mismo que á Fernando, el pobre muerto á quien el olvido puso la losa más pesada y más fría?... ¿No es una traición lo que hace esa mujer, que todavía cree engañar al mundo con su duelo poniéndose un traje negro con gasas y crespones cuando la felicidad asoma en su semblante á toda hora y por cualquier motivo?....."

—Señorita ¿desea U. que ensayemos el *Preludio* de Chopín?

—Es muy difícil, y siempre me equivoco.... Pero... haremos lo que podamos.... El público no es exigente, ¿verdad?—dijo el músico del violín volviéndose á nosotros.

—Así es—contestaron algunos.

—El prelude de Chopín, sí, el *Preludio*.... Engracia....

Los que bailaban se sentaron en sus respectivos asientos, y el *Preludio* comenzó. El *Canto del esqueleto*, la maravilla musical de veintitrés compases en *lá menor*.

Es un cementerio. La luna esclarece los objetos con sus rayos de plata, y un esqueleto, sentado sobre su tumba, canta la historia—que fué una tragedia—de su vida terrestre para hundirse de nuevo en su mansión de sombras,—mientras un ángel del Ciel cubre al desgracia-

do con sus alas. Vuelve á reinar la paz, la paz de los sepulcros, y la última nota se escapa del violín y del piano.

—¿De qué se ríe usted?—me dijo el músico del violín, abriendo tamaños ojos con aire de reconvención y de cólera.

—Será por lo mal que habremos interpretado al maestro.....

—Pero si se lo dije á usted, ese prelude es tan difícil—se apresuró á responder Engracia—poniéndose roja como los ababoles de su huerto.

—Excusen ustedes, dije yo, todo azarado ante mi intempestiva imprudencia. Fue que en el momento en que terminaba el *Preludio* me vino á la memoria el percanche que tuvo un discípulo mío en días pasados....

—El que sólo se ríe.... oí que dijo la madre de Engracia—levantándose para recoger del suelo un ramo que se había caído de la mesa de centro. Y de lo que en realidad me reí fue de una tontería que se me ocurrió al pensar que la historia de Carlota pudiera repetirse con Engracia. Si yo me muriera recién casado,—me decía,—y mi mujer amase á otro, echándome al olvido tan pronto como Carlota á Fernando, sería capaz de volver de la otra vida, como el esqueleto del *Preludio*, y me vengaría metiéndoles un susto á los novios el mismo día de la boda. Y cuando pensé en la cara que pondrían al verme siquiera como la sombra de la madre de *Electra*, la heroína del último drama de Pérez Galdós, no pude menos que reírme con una carcajada mal contenida.

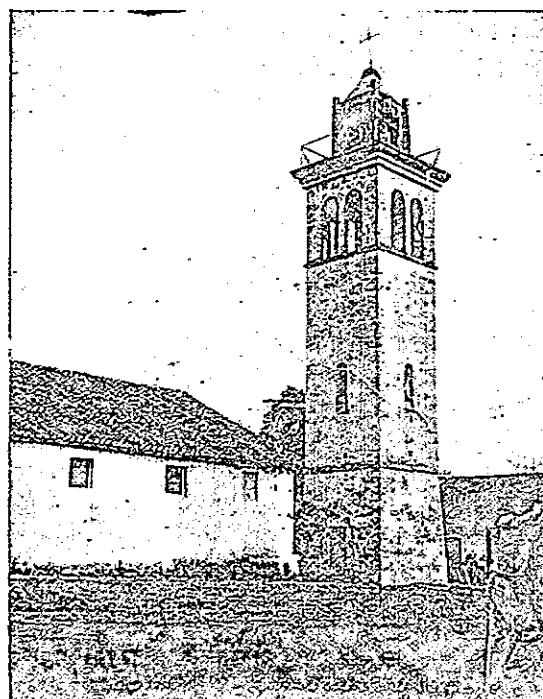
* *

Las luces primeras del día comenzaban á abrirse insensible paso al través de la sombra, cuando salí de aquella casa, llevando en mi espíritu un vacío inmenso, semejante al de las desiertas calles que recorría en dirección de mi barrio. Carlota, la viuda novia, había decidido de mi vida. El matrimonio me inspiraba cierto invencible temor que aún llevo aferrado á la conciencia. Engracia, de seguro, habría de ser más feliz casándose con un hombre que no tuviese las preocupaciones mías, y de ahí la resolución invariable, el voto perpetuo que hice de pasar mis días sólo, sin el calor de afectos que me harían quizás mejor, llevando á cuestas mi tristeza como los camellos del poeta que cruzan jadeantes el vasto desierto....

Bogotá, 1902.

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

Paisajes del Istmo. - DAVID.



Vista de la Torre de la Iglesia en Plaza de Bolívar

Lucía continuó por espacio de mucho tiempo enseñándole la cartilla á su abuelo, quién como tenía gran idolatría por sus nietas, aceptaba pacientemente, y consideraba como gracia las ocurrencias de ellas.

Tres meses después del accidente de la mula, llegaron dos individuos y preguntaron si por casualidad había pasado por esa serranía una bestia mular cargada de dinero.

Las niñas, naturalmente, lo mismo que los mozos, contestaron que nó; pero el indiscreto viejo dijo inmediatamente que sí, y agregó: "¿No se acuerdan Ustedes de aquel día en que cayó una lluvia de buñuelos y me llevaron para la escuela con la cartilla en la mano?"

Al oír esto los individuos que habían llegado á esa finca en perquisición de la bestia cargada de tal tesoro, comprendieron que el anciano estaba loco, ó por lo menos descrepito; y se retiraron bajo esta impresión, apurando el paso de sus cabalgaduras.

Las niñas, celebraron por mucho tiempo la feliz ocurrencia que les había sugerido su juvenil imaginación para salvarse de la indiscreción de su abuelo.

Un año mas tarde de estos sucesos, tuvieron la desgracia de verlo morir y su muerte les causó un sentimiento por demás sincero.

La Providencia las favoreció poco tiempo después con su mano protectora. Abandonaron esa finca en la cual se habían criado y habían pasado los mejores años de su niñez. Vendieron esa propiedad á un rico caballero, y se trasladaron en seguida á la culta ciudad de México, llevándose el tesoro que habían adquirido de una manera ocasional.

En esa población siempre se dedicaron á la caridad; ningún pobre tocaba á sus puertas, sin salir generosamente socorrido por ellas.

Don Diego de Alcántara quién había comprado la finca "La Gracia de Dios" perteneciente á estas niñas, tenía dos hijos que acababan de llegar de un colegio de Europa, uno de ellos graduado de ingeniero civil, y el otro con el diploma de doctor en medicina.

Estos jóvenes se enamoraron perdidamente de Adela y de Lucía, cuya belleza era notable. Ellas correspondieron al amor de los dos jóvenes, quienes con el beneplácito de Don Diego se casaron poco después con las heroínas de mi cuento.

GAVINO GUTIERREZ LASSO.

Febrero, 1905.

Notas

NITIDAMENTE impresa y con un buen material de lectura ha comenzado á circular una nueva publicación--*Reseña Escolar*--órgano oficial de la Secretaría de Instrucción Pública y Justicia.

Reseña Escolar viene á llenar una necesidad

CON su rudeza habitual anuncia el cable una triste noticia: el fallecimiento de Julio Verne ocurrido en Amiens el 24 del mes actual. La poderosa imaginación creadora de más de ochenta notables novelas en que lo fabuloso llega al más alto grado, y en que los vastos conocimientos científicos del autor están puestos de relieve, ha cesado de pronto de funcionar. Se apagó la chispa, se agotó la fuerza creadora, y solo queda ya la materia deleznable, que irá á fecundar tal vez, en la eterna evolución del ser, cuerpos orgánicos de un orden inferior en la escala de la vida.

OFRECEMOS hoy á nuestros lectores un admirable fragmento de la gran tragedia del ilustre Gabriel D'Annunzio titulada *La Gioconda*. La traducción, admirablemente hecha, es obra de nuestro querido Darío Herrera, y conserva, de modo notable, según el decir de algún amigo que ha leído la obra en lengua italiana, todo el calor, toda la brillantez y toda la opulencia del estilo del maestro.

Sobre el argumento de *La Gioconda* nos dice Darío en carta reciente: "Todas las obras teatrales del gran lírico italiano, nieto de los artistas del Renacimiento, gustan más leídas que vistas en la escena. El argumento de ésta es el conflicto en que se encuentra un escultor, entre

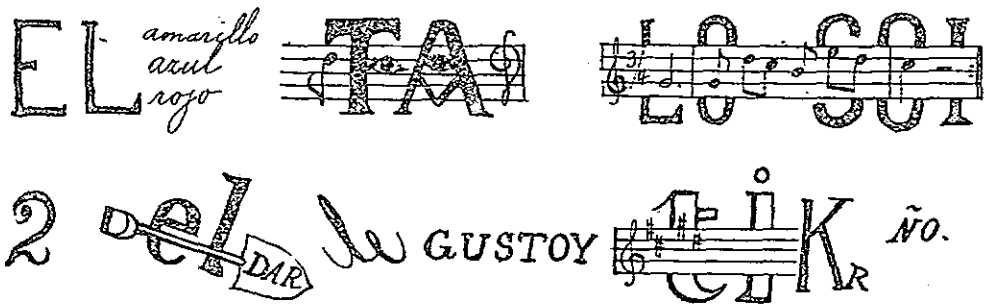
su pasión por el arte y su amor al hogar: argumento demasiado ideal para ser verdadero, demasiado artístico para ser intensamente dramático; pero que le sirve á D'Annunzio para darle amplio vuelo á su cerebro creador, á su adoración de la belleza plástica en la frase, en los objetos, en los seres y en los sentimientos. El arte está encarnado en la amante del escultor, *Gioconda*; el hogar, en la esposa, la hija, los amigos. El fragmento que traduzco es de la sola escena en la cual aparece *Gioconda*; escena bellísima desde el punto de vista lírico, más, como todo el drama, de un idealismo que no llega á rozar siquiera la vida real. No obstante, y quizás por esto, todo él es hermoso, augustamente hermoso y triste....."

NUESTRAS lectorcitas espirituales están de plácemes. Romeo, el amable cronista, vuelve á ocupar su puesto en la Redacción de esta Revista, y nuevamente sus *Romerías* serán un kaléidoscopio magnífico en que cada quince días presente á nuestras paisanitas lo más notable que en la vida de sociedad ó en la vida artística sea digno de ser conocido por ellas.

En el próximo número comenzará sus tareas, siempre en el afán grande y noble de complacer á las adorables capitolinas, reinas de gracia y de belleza.

RECREACIONES INTELECTUALES

43.^a--GEROGLÍFICO.



44.^a--SALTO DE CABALLO.

do-	á	gi-	que	nes	las	La
gun-	a-	Se	ta	sa-	bol	cio-
su	rum-	via	más	na-	ir	bién
si	tes-	ol	Ch-	fal-	la	ár-
ban	trou-	do	sa-	pa-	tam-	fin-

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

43.^a. *Noli me tangere*, de Rizal.

44.^a. *El Paje Flor de Mayo*, de Ponson du Terrail.

45.^a. *María Magdalena*, de Rocheflamme.

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Chevalier, Andreve & C^{ia}. un día después de la salida del periódico, en cubierta cerrada dirigida al Director de la Revista.

SOLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS ENVIEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no se

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de EVERARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO.

I

Omnia vincit Amor.
VIRGILIO.

(Continuación.)

Al alcance de la mano, bajo una elegante encuadernación cuyo visible deterioro decía el frecuente contacto de manos curiosas, *Dufnis é Cloe* se ofrecía. Hojeó algunas páginas: nada de grabados, nada tampoco de encabezamientos de los capítulos: nada, pues, la hacía presentir. Vió la palabra *fin*, volvió todavía dos páginas y leyó: *Historia del caballero de los Griets y de Manon Lescaut, por el abate Prévost*. Un abate? no! aquello no era!... Y durante una hora, estuvo revisando libros, leyendo los títulos, hojeándolos y volviéndolos á colocar en su lugar, fastidiada de tantas líneas impresas de las cuales ni una sola parecía contener el remedio á su mal ni tampoco señalarle la causa que lo motivaba. Cuando hubo recorrido todas las tablillas y estantes, pasando por alto de aquí y de allá algunas obras cuyos solos títulos la desengañaban, se sintió cansada y se dejó caer sobre el canapé.

—Oh! qué calor!

Se levantó, abrió la ventana y se apoyó de codos sobre ella. Una ráfaga de aire fresco la hizo sonreír y con mano brusca se desabrochó el peñador descubriéndose el pecho. Respiró y sus sienes latieron con menos fuerza; pero como, por un movimiento irreflexivo, llevó su brazo á sus labios, tuvo la irresistible tentación de besar sus propias carnes y lo hizo... Sorprendida, loca del placer y del apaciguamiento que en ello encontraba, se volvió á besar y luego se mordió. Mas aún esta misma sensación pronto se debilitó y desapareció.

—Qué necesito, pues, para satisfacerme?

Vinole la idea de ir á ver si Jacobo dormía tranquilamente, pero pronto la desechó sin saber por qué. Al fin, después de haber caminado una media hora á lo largo del tabuco, con el espíritu lleno de sombras y la carne inquieta, pasó á su cuarto y se acostó. En toda la noche no pudo cerrar los ojos; se volvía y se revolvía en el lecho: la sábana le quemaba. Al despuntar la aurora, enervada, la arrojó lejos de sí, derramó algunas lágrimas y se durmió, con los brazos, la espalda y los senos desnudos, las

piernas descubiertas y los pies perdidos en la piel de oso blanco que le servía de descanso.

En el tabuco, la lámpara, todavía encendida, alumbraba el volumen de *Madame Bovary* abierto, con una página á medio volver y las dos palabras: *Ella se abandonó* rayadas con la uña.

II

A la mañana del día siguiente, cuando Blanca apareció en el comedor, Jacobo estaba ya allí.

—Buenos días, Blanca, dijo el joven.

Buenos días, Jacobo! Nuestro abuelo no almuerza?

No, su trabajo lo absorbe por completo. Será muy bonito su libro de filosofía... pero yo he leído algunos pasajes y no estoy de acuerdo con sus ideas. Sin duda, el señor de Bisson-Chantel y yo somos de una edad diferente y de caracteres absolutamente opuestos. El está por el predominio en todo de la Voluntad, mas yo prefiero dejarme arrastrar á todos los caprichos, como la nube sigue la dirección del más leve viento. Es tan bello vivir soñando, no desear nada, trabajar cuando se sienten ganas de hacerlo, y recorrer las selvas cuando se tienen las fuerzas de la pereza!... La Voluntad, es una lucha continua contra el corazón, contra el espíritu y contra los sentidos; yo no quiero luchar...

Teneis talvez razón, dijo Blanca pensativa.

Se callaron, remojando en el café pedazos de pan enmantequillado. De pronto, Jacobo dijo:

—Me siento hoy con la fuerza del roble en la montaña. Os gustaría dar un gran paseo? No regresariamos hasta la puesta del sol.

Blanca consintió con alegría. Luisa sin embargo intervino:

—Vais á mataros, señorita. Caminar hasta el anochecer!...

—Pero, mi querida, no estaremos caminando todo el tiempo.....

Evidentemente, dijo Jacobo, nos detendremos para almorzar, á orillas de algún bonito arroyo, en un lugar bien fresco... no es así, Blanca?

—Sí, y dormiremos, nos contaremos historias, leeremos, haremos ramilletes....

—Verdaderamente, Luisa, exclamó Jacobo, diríase que habeis sido educada en una ciudad.... Cómo diablos os ha venido la idea de que nos podíamos fatigar, paseando por vuestras montañas?... Ello es tan bello! Yo caminaría todos los días desde por la mañana hasta por la tarde para ver plantas, flores, rocas y árboles siempre nuevos.... No os preocupeis por nosotros, señorita Luisa! Preparad nuestros vestidos de excursión, llenad mi saco de víveres y tenednos una buena comida lista á nuestro regreso....

Blanca y Jacobo se echaron á reír, mientras que Luisa hacía una reverencia á la antigua y salía del comedor.

La niña fué á advertir á su abuelo de la excursión decidida, y luego pensó que la lectura los entretendría agradablemente durante los momentos de descanso. Mas inmediatamente, por una sucesión lógica de ideas, se acordó de su angustia del día anterior y comprendió que, si iba ella misma á buscar un libro, le sería difícil escogerlo. Llamó á Luisa, que corrió al punto, y le ordenó que fuese al tabuco, trajese un libro, cualquiera, y lo metiera en el saco.

La sirvienta no sabía leer; indiferente, sacó el primer volumen que tocó, lo envolvió cuidadosamente en un periódico y lo deslizó entre una rebanada de pan y una lata de conservas.

Media hora después, los jóvenes descendían por delante de las gradas del castillo. Jacobo se había puesto fuertes botas que le llegaban hasta las piernas; un vestido completo de *turista* lo envolvía en sus anchos pliegues y su cabeza estaba cubierta con un casco semejante á los de los soldados coloniales. Portaba el saco sobre la espalda, á lo militar, y como arma llevaba un bastón de hierro.

Blanca tenía el pelo hundido bajo una gorra vizcaína, el busto á la *négligée* en un amplio bolero, las caderas libres en vastos calzones anarrados debajo de las rodillas; las medias, negras, estaban cubiertas hasta la pantorrilla por sólidos botines de cuero amarillo y talones planos. Un cinturón azul hacía las veces de corsé, de donde se desprendía la tela fina y abofellada de una blusa que le ceñía los lomos, llevando en la

(Continuará.)

Farmacia y Droguería

"EL GLOBO"

Carrera de Páez, esquina á Girardot.—Frente á San Juan de Dios. —PANAMA.

Agentes del Sulfato de Quinina de PELLETIER.

Kine Carles, Píldoras Haydock, Especialidad del Doctor AYER, Peruvian Bitters, Vino San Rafael, Especialidades Milhau, Remedios Cuticura, Agua Florida de McKesson & Robbins, Píldoras Oporto, & &.

Surtido completo de Drogas, Medicinas, Productos químicos y farmacéuticos, Perfumería, Pinturas, Aceites, Barnices, Libros, & &.

PRECIOS LOS MAS BAJOS DE LA PLAZA,
—AL CONTADO.—

*Nadie debe comprar artículos de nuestro giro
sin tomar antes nuestros precios.*

Y. Preciado y Cía.

ALMACEN DE MODAS

MADURO é HIJOS

—Panamá—

 Con excepción de Calzado, todo llevamos en existencia. Hasta Muebles, Comestibles, Medicinas de Patente, Licores y Cristalería tenemos de venta en nuestros bien surtidos almacenes. - - - - -

En estos días hemos recibido los siguientes artículos

Géneros de seda, *Greppe de Chinese* y *Mesalina*,

Pajas, Alambre, Hebillas, Plumas, Flores, Merengue y todo lo necesario para la hechura de Sombreros y Gorras.

Ropa interior para Señoras, BLUSAS DE SEDA, CORBATAS, Medias de Seda, Cosés, Sedas en madejas, Sedas para Bordar, Polveras de lata y de porcelana, Guantes de Seda y Previl, Mitones, Cromos.

Géneros ORGANDIE, Céfiros y LANAS para FALDAS.

Otro nuevo surtido de TARJETAS POSTALES con vistas, CUBILETES y Sombreros de Opera para CABALLEROS.

LIBRERIA

Hispano-Colombiana

Carrera de Sucre.

Gran surtido de Libros de Enseñanza, de Literatura, de Medicina, de Jurisprudencia, de Religión, Novelas, &c.

Papel y sobres de oficio, de cartas y de escuela. Papel y sobres de luto, papel y sobres en cajitas de fantasía; Tarjetas en blanco y surtido completo de papelería.—Libros en blanco y rayados para cuentas, desde pequeñas Libretas hasta juegos de libros para casas de comercio.

A los señores empleados públicos se les suministran para sus Oficinas á precios especiales muy reducidos.

NOTA.—Se acaba de recibir un hermoso surtido de plumas de uca, de marfil y de nácar, lindas Devocionarios con pasta de marfil, nácar, carey y madera esculpidos.

Suscripción permanente á los principales periódicos literarios y de modas.

MATERIAL PARA ESCUELAS.

Y. Preciado y Cía.

A La Ville de Paris

H. DE SOLA & Co.



Una ojeada á la siguiente oferta basta para convencer á cualquier comprador que nuestros PRECIOS SON MODICOS. - - -

Camisas blancas negligee á \$ 1.00 cada una.—Vestidos de dril crudo á \$ 7.50 cada uno.—Vestidos de dril khaki á \$ 9.00 y \$ 12.00 cada uno.—Pantalones de montar á \$ 6.50 cada uno.—Vestidos crabs á \$ 6.50 cada uno.—Pantalones de crabs á \$ 3.00 cada uno.—Ropa interior de lana liviana á \$ 6.00 el vestido.

Olanes de Unión á \$0.25 yarda,
Gasa de Seda á \$0.40 yarda.

Para estar cómodo un par de calzado

"EMERSON" á \$ 9.00

